

## CASIO DE TAHUST

El día tres de abril del año 1.105 la fortaleza y población musulmana de Tahust era sitiada por las tropas del Rey cristiano Alfonso I el Batallador.

Estaba amaneciendo, cuando despertaron a Mundir III llamado Hakam Tuyibi, amir de Tahust

- Señor, despertad. ¡Por Alá, despertad!

- ¿Qué sucede?

- D. Alfonso nos ha sitiado.

- ¿Qué decís Musa? ¿Estáis seguros que son las tropas de D. Alfonso?

- Seguro, mi amo. Los vigías han traído noticias graves. D. Alfonso ha tomado el castillo de Sora.

Mientras se vestía Mundir III, se armó gran revuelo en las estancias contiguas. Las mujeres lloraban, al igual que los niños. Mundir los hizo callar a gritos.

- En nombre de Alá. ¡Callaos! Vestíos, y la familia bajad a los sótanos. ¡Y tú, Musa! ¿Has llamado a Qasi?

- Si, amir. Os espera fuera, por la salida de la calle del perro.

Salieron al exterior. La casa palacete de Mundir III estaba prácticamente anexa a una torre octogonal alta, y a su vez, a una mezquita de grandes dimensiones. La calle era estrecha. Había luz para poder distinguir las siluetas de las personas.

- Salam aleikum, amir.

-Aleikum salam- respondió y prosiguió- Tenemos que tener entereza, y estar prestos para el combate. Se dirigió al llamado Qasi: - Preparad toda la caballería. Situáros en la plaza de la oración. Calzar los caballos, para que no hagan ruido. Id pertrechado con sables y saetas. Las ballestas y arcos, las utilizaremos para defender los muros. Calentar agua con aceite. ¡Atención Mohamed! Vuestros ballesteros y fuerzas de choque llevarán, sables, lanzas y mazas. Se protegerán con escudos.- ¿Y la caballería?- Preguntó Qasi.- Los escudos sobrantes de las fuerzas de choque.

-¿Qué hacemos con las mujeres, niños y ancianos?

-Todos aquellos que lo deseen, deberán salir por la puerta de Saraqusta, hasta alcanzar el llano. Que se refugien en las vaguadas de la parte este, allí no les faltará

agua por el brazo del Ebro. En cuanto a los ganaderos, obligarles para que desalojen sus viviendas y lleven el ganado al mismo lugar.

-Amir, los ganaderos, en su mayoría son mozárabes- respondió Qasi.

-¡No te enteras Qasi Tuyibi! Tienen mucho ganado y el ejército del Rey cristiano, mucha hambre. ¿Comprendes?

-Perdonad, amir. Siempre me hacéis razonar y comprender.

-Que veinte hombres de infantería acompañen a nuestras gentes. Todo debe hacerse de forma silenciosa, y sin encender fuego ni antorchas. Que el jefe de milicia Yusuff sea el responsable de todo lo dicho. En cuanto a ti, Qasi, necesito que estés a mi lado. Así pues, traslada a Yusuff las órdenes. Que las cumpla de inmediato.

-Amir. ¿Y vuestra familia?

-Mi mujer Aisha, mí querido hijo Casio y mi hija Saida, se quedarán en palacio. El resto de la familia, sin excepción alguna, se marcharán con Yusuff. En cuanto a la táctica de combate, ya las conocéis por anteriores enfrentamientos. ¡Alá nos proteja!

Mundir III se dirigió hacia las murallas que daban al norte, dirección Exea. Le acompañó Mohamed. Clareaba el día y se atisbaba el sol naciente del este.

Mundir III, pertenecía a la quinta dinastía del visigodo Casio o Banu Qasi. Conde de Navarra y convertido al Islam a finales del siglo VIII. Considerado como los hijos de Casio, siempre habían tenido esa distinción, entre el resto de los musulmanes, su altanería y orgullo. Llegó hasta la muralla, se apoyó en ella y sus pupilas se dilataron, mientras su cara se desencajaba por momentos. Suspiró profundamente.

- ¡Alá, tenga misericordia!

- ¿Amir, os sentís bien?

- Dejadme pensar.

La altanería y orgullo de Mundir III, procedente de los hijos de Casio, se desvanecía por instantes. No daba crédito a lo que estaba viendo.

Todo el camino de Exea estaba ocupado por la infantería del Rey cristiano. La caballería habían invadido las huertas. Los caballos bebían agua de los brazales e hijuelas procedentes del río Arba. A los lejos, se adivinaba la retaguardia y unos carros que soportaban unos maderos largos.

- Llevan catapultas- dijo Mudir en voz baja- Y esos que gritan como posesos ¿Quiénes son?

- Señor, son los Almogávares- le dijo Mohamed en voz baja.

- He oído que son como salvajes. Bestias que viven en los bosques. No me esperaba tal magnitud de ejército. ¿Mohamed?

-¿Amir?

-Mírame a los ojos Mohamed - Soslayó la mirada – Te ordeno me mires a los ojos. ¿Tú y Qasi sabíais lo que iba a pasar? ¿Quiénes más lo saben?

-Amir, únicamente nosotros, y los dos vigías.

-¿Y qué más os han dicho?

-Toda la guarnición del castillo de Sora ha prestado vasallaje al Rey D. Alfonso.

-¡Cobardes! ¿Y el amir Salim?

-También. Salim ha sido nombrado capitán de su propio ejército, al servicio de los cristianos.

-Un ejército de doscientos guerreros a caballo, y otros tantos de infantería.

-Amir. Pensad que D. Alfonso multiplica por diez ese número. Es el ejército más poderoso, que se haya visto por estos lugares.

-Es igual. Los hombres de Tahust le harán frente. ¡Alá está con nosotros! Los venceremos con nuestras estrategias. Nunca nos han fallado.

-Serenaos, amir. Esta vez, no es igual que las anteriores confrontaciones. Esto es mucho más serio. D. Alfonso viene acompañado por caballeros de otros condados y Bearneses.

-No es para estar tranquilo. Al parecer el Rey cristiano, no es tan piadoso como dicen.

-Perdonad. Pero ni vos ni yo, sabemos de sus conocencias particulares. El amir Salim, ha conseguido que la guarnición y sus familias estén con vida.

-Y el honor Mohamed. ¿Dónde está el honor?

-Tenemos familia amir. ¡Mirad los cristianos se están movilizandol!

Mudir III giró su mirada hacia las amplias explanadas, donde se aposentaba el ejército de D. Alfonso. Los guerreros se movían con una facilidad asombrosa en posición de ataque. El sol lucía esplendoroso y únicamente el viento soplaba con

algo de fuerza.

- ¡Mohamed! Preparad la defensa de Tahust!

\*\*\*\*\*

-D. Álvaro, se acerca el séquito de nuestro señor el Rey D. Alfonso.

D. Álvaro Enríquez era el General y brazo ejecutor de D. Alfonso. Persona tan culta como soberbia. Tenía a gala hablar varios dialectos y lenguas. Fundamentalmente, su inclinación por el gallego y el portugués por ser de donde procedía su linaje. Hablaba latín-castellano y francés. El cheso también lo dominaba. D. Álvaro era el preferido de D. Alfonso en cuestiones de tácticas guerreras y conocimientos de refinamiento cortesano. Un General de milicia y un cortesano de primer orden.

- ¡Capitán Áznar!

- ¿D. Álvaro?

- Tenéis preparados los aposentos de su Majestad, y los de su ayo.

- Si, mi General. Faltan los del séquito.

- ¡Que lo solucionen sus mesnadas! Nosotros no somos criados de nadie. Saldremos ha recibir a nuestro Rey. Preparad estandartes, una compañía de caballería, músicos y el capitán Dawud con cien almogávares, que encabecen el séquito. D. Alfonso, se alegrará de verlos. Cuando os dé la orden, los almogávares abrirán filas para que nos y vos recibamos al Rey y nobles. ¿Alguna duda?

- Ninguna mi General - respondió el capitán Áznar.

-¡Aprisa!

-Cuando vos mandéis.

-¡Agora mesmo!

La comitiva de recibimiento a D. Alfonso estaba bien ensayada, de otras ocasiones. Rápidamente, la compañía de los almogávares inició la marcha camino hacia Exea. Le seguía el estandarte de D. Álvaro Enríquez, de blanco con el fondo de un águila real en posición de vuelo. A unas trescientas yardas apareció la comitiva de nuestro señor el Rey D. Alfonso Sánchez Roucy. Como si se hubiere despertado una tormenta, los almogávares desenvainaron sus enormes espadas y empezaron a golpearlas contra los escudos metálicos, con tal fuerza que saltaban chispas, y al unísono gritaban tal un coro de posesos. ¡Aragón! ¡Aragón!. O bien cambiaban por

¡Alfons! ¡Alfons!. Era tal el estruendo que más de algún caballo empezó a encabritarse y no poder ser dominado. Tenía ganas D. Álvaro de terminar con ésta situación y dio la orden al capitán Áznar. Cuando faltaban sesenta o setenta yardas, sonó el cornetín de órdenes. Automáticamente los almogávares se situaron a ambos lados del camino al igual que la caballería. D. Álvaro, hizo que se aproximara el capitán Áznar y le dijo con voz tenue.

- Capitán Áznar, os recomiendo que no miréis a la cara al Rey, hasta que no os dirija la palabra. D. Alfonso sólo sabe hablar en latín o en cheso.

El capitán se retiró con cara de preocupación, pues el dominaba el latín-castellano, pero no sabía nada de cheso D. Álvaro hizo un gesto triunfal y sonaron las cornetas y tambores. El Rey conforme se aproximaba a los almogávares, que estaban rodilla en tierra les dedico una sonrisa diciendo; “puntuosos chermanos”. Dejaron de sonar las cornetas y tambores, y dio lugar a que D. Álvaro descabalgara he hiciera lo propio el capitán Áznar. El General se adelantó brevemente a Áznar y ambos se postraron rodilla en tierra ante D. Alfonso, subido sobre su cabalgadura, igual que el resto de los acompañantes.

D. Álvaro sin mirar la cara al Rey le habló en cheso.

-Vos mi Rey de Aragón, Pamplona, Sobrarbe y Ribagorza, os comboyo D. Alfonso cuan batallador porque en Espayna guaire ovo tan buen cauero que tantas barallas ganare. Naltros fieles servidores estamos rajantes de güestas victorias.

-Alzaros D. Álvaro. Y vos también- se dirigió a Áznar- pues aunque ahora vuestra faz no reconozca, vuestros hechos seguros serán loables. Cabalgad a mi lado hasta que lleguemos al final de esta **pardina que se llama “Aquabiela” (1)**.

Tras una reverencia D. Álvaro y el capitán Áznar, montaron en sus respectivos caballos. Ambos iban vestidos con armadura y yelmo, si bien los dos oficiales se lo habían alzado ante la presencia del Rey.

-Haceros a un lado cada cual- dijo D. Alfonso- Y así se cumplió D. Álvaro se puso a su derecha y el capitán Áznar a su izquierda.

- Decidme D. Álvaro, ¿Quién es el caballero que tengo a mi siniestra?

-Majestad, os presento a D. Ferrán Áznar capitán y alcaide de la guarnición del castillo de Sancho Abarca.

**(1) “Aqua” = Agua en latín. “Biela” del verbo “ventilare” en latín =Mover el aire. Pardina = Prado.**

- Por cierto D. Ferrán, ¿Adónde está situado el castillo que construyó mi antecesor navarro?

- Lo tenéis a unas tres leguas de donde nos encontramos. Exactamente a vuestra derecha.

El día estaba claro, y no existía bruma alguna para divisar el cabezo del Fraile.

- Queréis decirme que sobre aquel “pique” está el castillo.- Atisbó mejor el Rey y prosiguió - Uno no, son dos “zinglas”. Ya hablaremos D. Ferrán. Es momento de presentaros al resto de mi séquito. - Dio un “so” y aferró las bridas de tal forma que el caballo quedó quieto al instante. El resto hizo lo propio. D. Alfonso giró la cabalgadura y lo mismo hicieron D. Álvaro y D. Ferrán.

El cortejo se había distanciado prudentemente, pero lo suficiente para hacer las presentaciones. El primero de ellos, era un caballero de cierta edad, cubierto con manto blanco que hacía juego con sus cabellos y barbas. Tenía prestancia. Cabalgaban todos sobre caballos más bien bajos y por su arquetipo eran animales procedentes de las tierras montañosas. De tal manera, que todo aquél que midiera más de un metro sesenta, cosa no habitual, la figura del caballo y caballero era totalmente desproporcionada.

-Excelencias, os presento al capitán Ferrán Áznar. Alcaide del Castillo de Sancho Abarca, ubicado a vuestra derecha sobre los montes que divisáis en la lejanía, que ha tenido el honor de ayudar y participar en la campaña contra la morisma de Sora y ahora de Aquabiela. D. Álvaro se había desprovisto del yelmo y miró fijamente al capitán Áznar al tiempo que emitió un carraspeo. El capitán miró a D. Álvaro y éste le hizo un gesto para que se quitara el yelmo. Pues, si bien antes con el rey, no lo hicieron, fue un acto de cumplimiento militar, y éste era un acto de protocolo. El capitán fue rápido y se desprovoyó del yelmo.

- D. Ferrán os presento a D. López Garcés, mi tutor y ayo - ambos inclinaron la cabeza- El Conde Sánchez en Erro, Bearnés. El Señor Lope López de Uncastillo. D. Bacalla, Señor de Luna. El Señor D. Ramiro de Monzón. Su Ilustrísima el Obispo D. Ramón de Barbastro. D. Pedro de Iruña. Y su Ilustrísima el Abad Mitrado D. García de San Juan de la Peña.

Al final del cortejo, había un carruaje engalanado, de donde procedían comentarios y risas femeninas.

- Señores, y sin más preámbulos, nos ponemos camino de “Aquabiela”, donde sopla un viento cortante.

El General se acercó al alcaide del Castillo de Sancho Abarca, y le comentó:

- D. Ferrán, las risas que proceden del carruaje, son de personas que llevan faldas, pero no son como la de los obispos.

D. Ferrán soltó una carcajada, al unísono que D. Álvaro. El Rey intervino.

- ¿Decís algo D. Álvaro?

- No. Intranscendencias, mi señor. Por cierto y perdonad mi rectificación. La población que vamos a tomar no se llama Aquabiela, sino Tahust.

- Lo tendré presente. ¿Y el viento cómo se llama?

Intervino D. Ferrán - Señor, el viento se llama “cierzo”.

- Es sano el “cierzo” de Tahust. Por cierto capitán, vos que tendréis conocimiento del Alcaide de Tahust, consideráis que presentará batalla o cederá el bastión.

- Señor, el amir de Tahust, procede de los antiguos hijos de Casio y Mundir III es persona vanidosa y nunca ha perdido algarada alguna. No se rendirá.

- Ya veremos- respondió el Rey.

- ¡General!

- ¿Majestad?

-Somos muchos para comer y otros tantos para alojar. ¿Habéis tenido en cuenta la intendencia y las necesidades que requiere nuestra presencia en Tahust?

- Si Majestad, está todo previsto.

- Haced el protocolo a Mundir III. Y dadle un plazo de un día para que rinda sin condiciones la población de Tahust al Rey de Aragón D. Alfonso I por la gracia de Dios y de San Jorge. Os espero con la respuesta en mis aposentos. D. Álvaro venid acompañado de los capitanes D. Ferrán Áznar, Salim y del capitán almogávar Dawud.

- Así lo haré.

\*\*\*\*\*

Desde las murallas de la parte norte de Tahust, Mundir III acompañado de sus jefes de milicia Musa, Qasi y Mohamed, observaron como el ejército cristiano se dividía en dos partes, para dar paso a una comitiva de la que ellos mismos al principio se quedaron como meros observadores.

La comitiva estaba compuesta por unos diez caballeros con sus correspondientes

armaduras, pendones, una bandera de rayas cruzadas de rojo y de amarillo. Y el primer caballero portaba una bandera blanca. Le seguían un grupo de tamborileros tocando con sones secos.

A unos cuatrocientos metros de las murallas los jinetes se detuvieron, los tamborileros dejaron de tocar y el ejército, volvió a unirse. Se produjo un silencio sepulcral. El caballero de la bandera blanca la izó y comenzó a moverla de izquierda a derecha.

- ¡Amir! Quieren parlamentar.

- Preparad rápidamente la comitiva. - Respondió Mundir III - Ven conmigo Musa. Vosotros Qasi y Mohamed, quedaos aquí. Enseñad el señuelo parlamentario.

Hakam Tuyubi, salió por la puerta este (Puerta del Arba) de la fortaleza de Tahust, acompañado de Musa y el abanderado, con bandera blanca. Les escoltaban media docena de lanceros. Uno de ellos, portaba la bandera del Islam. Cabalgaban deprisa porque los cristianos llevaban buen rato esperando. Cuando cogieron la curva que enfilaba hacia Exea, Mundir III dueño y señor de Tahust, sujetó las bridas de su corcel y lo mismo hicieron el resto de la comitiva. El abanderado que simbolizaba el parlamento se adelantó un tanto del resto, no mucho, le seguía Mundir III, y Musa. Detrás el resto de la comitiva. Musa se acercó a su jefe.

- Amir- dijo con voz no muy serena- Tened prudencia, os lo ruego.

- Sé muy bien, lo que tengo que decir.

No eran muy rotundas las palabras de Mundir III, ya que conforme avanzaba hacia el primer abanderado, tenía tal nudo en la garganta, que ni apenas podía tragar saliva. Debería serenarse. Era la primera vez que se encontraba en semejante trance y todo parecía un sueño irreal. El frontis del ejército que tenía enfrente dejaba agarrotado a la persona más serena. Ya estaba enfrente a los caballeros, con porte, vestidos con sus armaduras y yelmos. Que todos eran diferentes, y por tanto no se distinguían ni cabeza ni faz. Tras ellos, en primera fila estaban los almogávares. Cuando Mundir los miró, le entró un escalofrío por la espina dorsal. Todos llevaban largas barbas y cabellos hasta la cintura. Gente greñosa. De tez negruzca. Se deducía, su escaso aseo. Calzaban abarcas, con calcetines recios hasta las rodillas. Vestían pobremente con unas faldas o camiones cortos que dejaban al descubierto parte de sus piernas. Tenían manos y caras alargadas. Y portaban unos escudos de acero, y en el centro como adosados una piedra de fuego que servían para golpear con sus cuchillos y hacían saltar chispas y al unísono de sus gritos atemorizaban al enemigo. En sus anchos cintos, colgaban varias lanzas cortas llamadas azconas, y unas espadas más bien cuchillos largos o coltell espectaculares



por su envergadura y anchos de corte. Impresionaban.

El caballero del yelmo con plumas, levantó la visera y arreó a su cabalgadura hasta la proximidad del amir de Tahust.

- ¿Quiénes sois vos y por qué ocupáis nuestras tierras?- preguntó Mundir III al General D. Álvaro.

- Señor, en las reglas de caballería, es el dominado quien debe presentarse al dominante - ante semejante contestación Mundir III se quedó desconcertado y perplejo. Hubo un lapsus que cortó el Alférez. (1)

- Señor. ¿Vos sois el alcaide de ésta fortaleza? Si es así, decidnos cómo os llamáis.

- Soy Mundir III, amir de Tahust- reaccionó el musulmán.

- Nos, D. Álvaro Enríquez como General de los ejércitos del Rey de Aragón, Pamplona, Sobrarbe y Ribagorza D. Alfonso I, os saludo y requiero para que de buena fe y sin derramamiento de sangre entreguéis la fortaleza de Tahust a mi Rey nuestro señor D. Alfonso I por la gracia de Dios, en término de veinticuatro horas.

La palabrería del Alférez le dejó un tanto confuso a Mundir III. Que respondió:

- Señor General, si me estáis diciendo que Tahust se rinda en favor de vuestro Rey Alfonso. Os digo que no.

- Amir de Tahust, mi Rey D. Alfonso I, os invita para que Tahust pertenezca a su reino y no al Taifa de Zaragoza, por lo que os sentiríais mas beneficiados y no tendríais que rendir más tributos ni parias a Mustain II. Seríais libres y amparados por el Rey D. Alfonso.

- Tahust no se rendirá ante el Rey cristiano.

- Tenéis un día para pensarlo. Os aconsejo meditéis mis palabras.

- Ya está pensado. Tahust no se rinde. Deberéis tomarlo por la fuerza.

- Si así lo deseáis, Mundir, que mi Dios os proteja.

- Señor General, que Alá sea misericordioso con vos.

Ambos, giraron las bridas de las cabalgaduras y retornaron a sus posiciones de origen.

**(1) Alférez = General. Firiz = General. Vocablo de uso de los almogávares.**

Mundir III, y su séquito caminaron hacia la puerta éste, de la población de Tahust. Y D. Álvaro y su séquito hicieron lo propio, al igual que el grueso de ejército, a excepción de los almogávares que iban retrocediendo sin perder la cara de la muralla norte de Tahust, al mismo tiempo, golpeaban con sus espadas los escudos y gritaban ¡Desperta ferro! ¡Matem! ¡Matem! ¡Sant Jordi! ¡Aragón! ¡Aragón!.

A Mundir III, último bastión del Conde Casio, le volvió a subir los escalofríos por la espina dorsal. En su interior, sabía lo que iba a suceder. El entorno guerrero y la lectura de la frialdad y seguridad de los ojos del General cristiano así lo vaticinaban.

Los almogávares una vez fuera del alcance de las ballestas, apostados en los muros de la fortaleza de Tahust, a una señal de su jefe Dawud, giraron sobre sus talones y comenzaron a caminar hacia los dominios del campamento de su señor D. Alfonso.

Dentro del aposento recibidor de la jaima del Rey D. Alfonso, estaba el propio monarca y D. López Garcés. Ambos, hablaban animadamente en torno a una mesa pequeña y rectangular, cuando el jefe de la guardia anunció, la presencia del General.

- ¡Pasad D. Álvaro!.

- Majestad – El General cristiano se había desprovisto del yelmo. Tenían aspecto de estar cansados. Debían tener, ambos, no más de treinta años, aunque D. Alfonso con sus barbas y peinado, representaba ser mayor. Cruzaron sus miradas y se adelantó el monarca.

- Mundir no ha cedido- afirmó el Rey.

- Vos lo decís. Es cerril, pero en el fondo creo que tiene miedo.

- Más bien, es que está envejeciendo -puntualizó el Rey.

- Mis queridos Alfonso y Álvaro, cuando se tiene mi edad la cautela preserva los males y cuida de los bienes – habló D. López Garcés.

- Si ayo, es buen consejo. Pongámonos cómodos, y hablemos de cómo tomar Tahust sin derramar sangre- prosiguió el Rey- Fue muy lamentable y Dios nuestro Señor lo sabe, la batalla que libramos, en los campos de Luchan de Exea. Murieron más de cuatrocientas personas.

- Señor D. Alfonso, fue inevitable, bien sabéis vos, como nos, que la batalla se desarrolló en campo abierto y los moros de Exea no daban tregua alguna. En

nuestras tropas tuvimos cincuenta bajas, entre ellos, diez valientes almogávares. El enfrentamiento de choque fue espantoso y gracias a la estrategia de Dawud salvamos nuestras vidas.

- Dawud hizo lo que pudo. Pero vos D. Álvaro, estuvisteis magnífico. Cómo peleasteis, con fuerza, dominio e ingenio. Estoy orgulloso de vos. El enfrentamiento a la carga que sostuvisteis con el jefe infiel fue heroico y un rival que puso a prueba vuestro temple y valentía. Algo inolvidable – El Rey se atusaba las barbas, ensimismado.

- Señor, me honráis con vuestras palabras- contestó el General con leve inclinación de cabeza. Y de forma inesperada, el Rey se exaltó diciendo:

- ¡Voto a bríos! No dominamos bien la caballería. Tenemos que ser más rápidos y ligeros.

- Tranquilizaos, Alfonso. Precisamos de caballos más ligeros a los nuestros, y ya los vamos consiguiendo. Hablemos de Tahust- dijo D. López Garcés- General, precisamos de vuestras estrategias, antes de llamar a los capitanes del ejército.

- Señores, sabed que Tahust, tiene contextura de ser una fortaleza, si bien, dentro de sus muros cobija un pueblo. No tan grande como Exea, pero más inexpugnable. Como habéis observado está situado sobre un montículo natural, amplio y con alzada. Últimamente no han tenido que batallar y viven de la agricultura, muy próspera y de la ganadería. La mayoría son tuyibines, y al principio, pertenecieron a la dinastía de los Banu Qasi. Permiten convivencia con un reducto judío y mozárabes-cristianos, éstos últimos viven fuera de la fortaleza y en los arrabales. Al igual que los pastores, en su mayoría mozárabes, también tienen su propio arrabal y poseen sus viviendas y corrales anexos con sus ganados. Salim me ha puesto al corriente de todo. Tahust está sobre una superficie rocosa. Su tierra es más bien yesosa. No tienen problemas con el agua, ya que han tenido la habilidad de introducir una acequia del Arba en la proximidad del pueblo, que prácticamente rodeada la parte este de la población, hasta el extremo de rozar los arrabales de los mozárabes, hasta desembocar en lo que llaman el “tajaderón”. La parte alta de la población, utilizan los pozos artesanales. El suministro del agua lo tienen asegurado. Mejor dicho, lo tenían asegurado, porque nuestros hombres han cerrando la tajadera nodriza. No tendrán suministro de agua en la parte inferior del pueblo y de los arrabales de los mozárabes. Toda esta información me la ha proporcionado Salim. En cuanto a las puertas que tiene Tahust, que son numerosas, el capitán almogávar Dawud y sus hombres, al anochecer, colocarán empalizadas para que la caballería no pueda salir. Ferrán ha rodeado Tahust con la mitad de la

guarnición de infantería, y Salim ha situado la mitad de la caballería en los puntos vulnerables para no permitir salida alguna del bastión. He pensado, que para derramar la menor sangre posible, utilizaremos las catapultas en los lugares más estratégicos. Sobre este particular, Salim deberá informarnos de ello, ya que él se conoce bien Tahust.

- Entonces, al parecer Tahust es una fortaleza. Según comentáis, tiene varias puertas de acceso- apuntó el Rey.

- Más bien, Majestad, en una población peculiar. Al parecer, está protegida en parte por murallas edificadas y el resto por la propia orografía en su singularidad de montículos, que sirven de protección natural. Si Dios lo quiere, mañana lo comprobaremos – aseveró el militar.

- Hay algo que me preocupa D. Álvaro ¿Y las mujeres, los niños y ancianos? ¿Que serán de ellos?

- Tranquilo, Majestad. Todos que huyeron de Tahust, están en estos momentos, alojados en nuestro campamento. Mundir, anoche dio orden de abandonar la población y nuestros vigías vieron todos sus movimientos. Dos compañías de caballería arrestaron a un tal Yusuff, y unos veinte guerreros. Estas gentes, están bien custodiadas y tratadas.

- ¿Y la familia de Mundir, también están en cautiverio? - preguntó D. López Garcés.

¡Ah, viejo zorro! - Pensó el General.

- No, excelencia. La familia de Mundir se quedó en Tahust.

- ¿Y en cuanto a las favoritas e hijos de menor rango? ¿Qué sabemos de ello?

- Están en el grupo de los apresados. Se les da buen trato, según Salim.

- Tengo buen presagio- sentenció el ayo del Rey.

- ¡Eita! ¿Ta a bení esta charrada trivial de la familieta de Mundir que no adubir a entene? - Preguntó el Rey un tanto enojado. Traducido: (¡Ayo! ¿A qué viene esta conversación trivial de la familia de Mundir, que no adivino a entender?

- Estuque cuan tener mis anyos saberes endibinar el pensamiento a longaria. Es com els versículos de la Bilia. Mes otra ora charraremos, Alfons.

Traducido: (Tal vez, cuando tengas mis años, sabrás adivinar el pensamiento a distancia. Es como los versículos de la Biblia. Más tarde hablaremos, Alfonso).

La pregunta del Rey y la contestación de su ayo, maestro y protector, todo se habló en cheso, pero D. Álvaro comprendió su trascendencia.

- Majestad, he intentado exponer mi plan de ataque.

- Si, D. Álvaro lo habéis hecho tan detallado que más bien parecíais un predicador sobre un púlpito, y nos unos simples acólitos. ¡Haced que vengan vuestros capitanes para terminar la exposición de la toma de Tahust!

El General hizo llamar urgentemente a los capitanes. El Rey estaba sumamente enfadado con las palabras de D. López Garcés.

Al instante aparecieron los capitanes Ferrán, Salim y Dawud. Para ello D. Álvaro Enríquez, había tomado el yelmo entre sus manos y estaban en posición hermética ante su señor y jefe. Volvió el protocolo con frialdad.

- Majestad- saludaron Ferrán y Salim. Dawud se arrodilló y le trato de “mi señor”.

- Levantaos Dawud – le dijo al almogávar, y seguidamente se dirigió a su tutor- D. López colocaos al lado de Dawud, por si tenéis que servir de intérprete. Hablaré en latín. D. Álvaro me ha pormenorizado la situación de nuestros ejércitos y la forma de tomar Tahust, pero no tengo claro cómo se emplazarán las catapultas y la forma de hacer daño al enemigo, por lo que le ruego al capitán Salim, exponga sobre plano lo dicho.

El capitán Salim, sacó un plano, hecho por él, de Tahust y expuso:

- En principio, y para que el asedio no sea prolongado, hemos pensado situar las catapultas pesadas enfrente de las puertas principales y derribarlas - Señaló Salim al Rey sobre el mapa. Puerta Sur (Puerta de Zaragoza), Este (Puerta del Arba) y Oeste (Puerta de Exea). Al mismo tiempo, otra catapulta pesada dirigirá sobre éste punto la destrucción de la casa de Mundir y la mezquita. Mientras, las catapultas ligeras se sitúan lanzando bolas de fuego contra las caballerizas, que están asentadas en este lugar, fuera del emplazamiento de las murallas viejas, y que entran y salen por un pasaje debajo de las viviendas.

- ¿Pero, este emplazamiento no está a la vista externa?- preguntó el Rey.

- No Majestad, es una vaguada-pasaje, que simula estar dentro de las murallas, pero es externa, salvando la puerta del alcázar. Allí es donde están las caballerizas que intentaremos quemarlas.

- ¿Y mientras adonde estará la caballería?- preguntó el Rey.

- Estarán esperando dentro de los muros, protegidos hasta la orden de salir a guerrear. Antiguamente dejaban entrar al enemigo hasta dicho lugar y desde este punto, la puerta del arba hasta la puerta del alcázar, constituía una verdadera ratonera. La última algarada, que hubo hace muchos años, según me contaron, desde los ventanales de las casas llovían las saetas y cuando el enemigo estaba diezmado aparecía la caballería para rematar a los contrarios- contestó Salim.

- No caeremos nosotros en semejante disparate. Cuando te abren una puerta, sin llamar, es porque alguien te espera. Sin embargo, no interesa quemar las caballerizas. ¿En qué punto se agrupan la caballería?

- En éste indico- Salim – Detrás de la fuente de las abluciones.

- Pues ahí es adonde enviareis abundantes bolas de fuego. Quiero que la caballería se desconcierte y Mundir vea como se destruyen las casas del pueblo. No utilicéis por ningún concepto las catapultas contra la torre, ni la mezquita. Como se desplome cualquiera de estos edificios, yo mismo juro ante Dios, que con mi propio sable cortaré las cabezas de los responsables. Tampoco deseo que arrojéis munición para destruir las murallas, ni sobre las puertas. Si la caballería pretende salir por las puertas, se encontraran con las empalizadas y los almogávares, y tendrán que retroceder. En definitiva, estarán atrapados y desconcertados. Será un caos. Mundir se rendirá antes de ver destrozado Tahust, al que al perecer, venera y adora. Es muy importante que el maestro jefe de catapultas sepa exactamente los grados de medición, para enviar la munición a la zona de las viviendas, pues en Tahust no hay cantera alguna y debemos guardar reservas. Es pues necesario, para tener éxito ir a los objetivos concretos. Sea pues D. Álvaro, que el capitán Salim concrete con certeza con el maestro de catapultas los puntos exactos adonde mayor daño se le haga al enemigo. Y sobre todo respetando el alminar y la mezquita.

El Rey se explayó de forma tajante en su alocución, pues perduraba en él, las frases de su ayo que consideró intencionadamente no haber comprendido. D. Álvaro hizo un gesto de inclinación y aprobación, mientras fraseó:

- Buen plan de ataque, Majestad.

- General, señores, les doy las gracias por vuestra colaboración. Descansemos. Mañana nos espera un día de prueba.

Salieron todos satisfechos de la tienda del Rey. El General llamó a Salim. Ambos, se encaminaron a lomos de sus cabalgaduras en dirección hacia sus dependencias. Mientras, sostenían una conversación privada llevada entre susurros.

- ¿Creéis Salim que me aceptará?

- Tendréis que ser muy delicado con ella. Vos sabréis hacerlo. Entregadle este presente -a la luz de la luna, brilló algo que D. Álvaro guardó en su guantera.

- Le embriagan los perfumes y buen olor corporal- apostilló Salim.

- Os comprendo, capitán.

- Otra cosa. Si queréis verle la cara, invitarla a cenar. Todo lo que hagáis, que la penumbra sea vuestro testigo.

- ¿Tan delicadas son las favoritas de Mundir?

- Si, sobre todo esta. Es muy joven, tan sólo tiene 17 años. Se llama Maryam.

- Veo que la conocéis muy bien. Traedla a mi jaima dentro de dos horas.

- Así lo haré mi General.

Salim salió hacia el campamento de los apresados y D. Álvaro camino de su jaima, próxima a la del Rey.

Aquella noche fue de mucho ajeteo en el campamento cristiano. La peor parte se la llevaron los que anclaron las catapultas. El descanso que preconizó el rey, no se cumplía. De las tiendas y jaimas de los nobles se oían abundantes risas femeninas y mucho jolgorio.

El noble Enríquez, brazo derecho del Rey utilizaba una tienda de campaña, muy bien compuesta y a su antojo, ya que prescindía de recibimientos oficiales, salvo excepciones, en cuyo caso hacía levantar el armazón de la puerta principal de la jaima, sostenido por cuatro gallardetes, y allí habilitaba sobre una mesa bajera y taburetes, que servían para las conversaciones e instrucciones guerreras. Pocos

sabían de sus aposentos privados.

El General o alférez, estaba preocupado por qué Salim se había prestado a un juego tan embarazoso, cuando él en realidad le había hecho una simple pregunta ambigua, y el musulmán se lo tomó tan enserio. Le proporcionaba la compañía de una de las favoritas del amir Mundir. Además, cuanto interés y consejos le informaba en favor de la tal Maryam. Que si perfumes, olores, cenas y ése largo sermón. Y además, la dichosa pulserita de oro. Pero todo esto, ¿Qué era? Y sobre todo el aseo personal. Bien pensado el agua de la bañera o pila de madera, en la cual se bañó, casi había salido negra. Llevaba dos meses, sin poder asearse en condiciones. Entre la toma de Exea y Sora, no había lugar para éste pequeño descanso. Se acordó entonces de las señoras de alcurnia, con las que había tenido relaciones amorosas. ¡Puaf! Se tapó con un gesto las narices. Debían de lavarse únicamente la cara, lo demás, mejor olvidar. Se había colocado un albornoz recio de color rojizo, y se miró la herida abierta de su hombro derecho, pues aunque superficialmente, le seguía molestando. No terminaba de cerrarse. Se acordó de aquel pasaje. La toma de Exea en los campos de Luchan, fue de hombres con arrestos. El jefe moro, fue a buscarle concienzudamente. Sorteó a cuantos se ponían por delante, lo mismo que él hacía, y cuando se dio cuenta, los caballos se abalanzaron con tal ímpetu, que el sarraceno le dio tal mandoble con el sable; a pesar de parar su escudo el golpe le resbalo el filo por la armadura y en la separación de hombrera con el brazo le rasguñó. Si no estoy presto, estaría ahora manco. Me di cuenta, que el jefe moro era un gran guerrero. Utilicé una estrategia muy arriesgada. Montaba a “negro” de pura raza árabe, ligero como el viento, por ello la puse en práctica. Enfilamos los caballos cuerpo a cuerpo y habiendo observado que mi adversario derrotaba a los suyos a base de mandobles y no tenía otra técnica, enfile a “negro” hacia la derecha del caballo del musulmán, me desprendí del escudo y tomé el puñal que llevaba en la cintura. Piafaban los caballos al galope. Procuré unirnos todo lo posible. Soltó el mandoble, se lo sostuve, con mi sable, y al mismo tiempo con mi mano izquierda le clavé la daga a la altura del ombligo. Ambos caímos de las cabalgaduras. Me levanté como pude, porque mi armadura me lo impedía. El musulmán yacía en el suelo herido de muerte. Algún soldado de los nuestros, me ayudo a montar a “negro” y a retomar mi escudo. Reprobé (internamente) lo que hizo Dawud, el capitán almogávar. Cortó de un tajo la cabeza del amir moro y la colocó sobre el extremo de su lanza. Dawud se dirigió hacia mí - ¡“Firiz” hemos vencido!- Y me mostró la cabeza del enemigo. Recuerdo la cara de moro sin expresión alguna, ensangrentada y sus ojos abiertos de forma atónita. El capitán de los almogávares, levantó en alto la lanza con su trofeo incrustado en el extremo de la pica y comenzó a gritar como un energúmeno. ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Exea es de Aragón! Los gritos se fueron



sucedido y el enemigo se fue retirando del campo de batalla. Ordené que al decapitado pusieran su cabeza junto a su cuerpo y a mí, que me devolvieran la daga. El Rey se enfadó mucho, por la osadía de ir al campo de batalla. En su fuero interno, no. Sabía que mi acción fue determinante. El jefe guerrero de Alá, a pesar de la magnitud de bajas, estaba dispuesto a no dar tregua hasta el final. Prueba de ello, fueron las palabras sinceras que había pronunciado D. Alfonso. Acariciaba mi hombro, cuando desde la penumbra, oí la voz tenue de una mujer.

- Que Alá esté contigo.

- Y Dios nuestro Señor con vos.

- ¿Puedo pasar, D. Álvaro?

- Desde luego que sí, os estoy esperando, hace un buen rato.

- Perdonad mi tardanza, excelencia. Me he arreglado lo mejor posible para vos, D. Álvaro.

- No os preocupéis. Estáis dispensada – Pensé en Salim. ¿Pero ésta era la mujer que sólo tenía 17 años? Hablaba perfectamente en latín. Eso, hablaba en latín. No me hablaba en árabe. Debería tener prudencia. No me podía fiar de ella.

- Antes de acomodaos, mirad si el entorno es de vuestro agrado.

- Señor, estoy muy honrada de estar en vuestra casa. ¿Quién soy yo para solicitar nada?

- No sé, exactamente - D. Álvaro se desconcertó pensando en el dichoso Salim - La luz. ¿Está bien para vos? ¿Enciendo más candiles? ¿O lo dejo estar?

- Si está así es porque a vos, os agrada y yo soy vuestra humilde prisionera, y aceptaré lo que mi amo me diga – dijo con voz dulce

- Quiero dejar bien sentado, que vos no sois mi prisionera, ni yo, soy vuestro amo. En todo caso estáis en ésta jaima como mi invitada y porque vos así lo habéis aceptado- contestó Enríquez.

- Disculpadme, no quise ofenderos.

La musulmana iba cubierta con manto, que impedía ver su figura, y el consiguiente velo. Con la luz tan débil, lo único agradable era su voz, y cierto aroma que desprendía.

- Será mejor que nos acomodemos.

- Como gustéis.

- ¿Cual es vuestro nombre?

- Maryam.

Maryam se había desprovisto del manto que le cubría. Tenía esbeltez, pero el General no lograba ver sus ojos ni su cara.

- Yo tengo hambre. ¿Y vos?

- También.

- Sentémonos.

El centro de la jaima, estaba toda ella alfombrada y cubierta de almohadas de distintos colores, que le daban un toque de cierta exquisitez y no exento de sensualidad.

- Poneos más próxima a mí. Parece que estemos regañados.

- Así. ¿Os parece bien?

- No me parece bien- se enfadó D. Álvaro- Quiero que estéis a mi lado.

- Como vos queráis- se aproximó levemente.

- ¡Maryam! ¡Os he dicho cerca! ¡Aquí! - señaló en el cojín más próximo a él.

Le vio los ojos. No eran negros, sino de color avellana. Tenían un mirar dulce.

- Tendremos que cenar. Por cierto, aquí están las viandas. Queso y frutas- estaban colocados sobre una bandeja de plata y ésta sobre cuatro cojines que hacían de mesa.

- Comencemos- ninguno de los dos comían. El General esperaba como le dijo

Salim, para que Maryam se quitara el velo y ésta, esperaba la reacción de él- Ya veo que al final serán las hormigas quiénes se coman el queso. ¿No? Ella reaccionó con risitas y él se decidió a ofrecerle el plato de las fresas. Y hete aquí que con suma delicadeza y levantando la parte inferior del velo, Maryan, comenzó a comer la primera fresa.

D. Álvaro hizo lo propio, hasta que le espetó.

- Qué incomodidad estar comiendo por debajo del velo. ¿No sería mejor que os desprendieseis del tul?

- Mi señor, mi religión me prohíbe exhibir mi rostro ante extraños.

- ¿Y ante quiénes podéis mostrar vuestra faz?

- Ante mis padres, esposo, hijos y familia de primer grado.

- Sea pues claro, que sólo el amir Mundir puede veros de la forma que a él le complazca. ¿No es así?

- Perdonad mi señor, el amir Mundir me ha respetado y tratado como a una de sus hijas. Observo que estáis confundiendo.

- ¿Acaso me tomáis por imbécil? ¡Vos mujer, sois una de las favoritas de Mundir!

Maryam se levantó, e inclinándose le contestó:

- Señor General, solicito de vuestra gentileza permiso para regresar al campamento de refugiados.

- No mi señora Maryam. Volved a sentaros y procurad no enfadarme, y ser sincera conmigo, pues mi cortesía a veces se convierte en algo que no quisiera pronunciar.

La aludida volvió a sentarse en el mismo lugar, que instantes antes había abandonado.

- Decidme ¿Quién os enseñó latín?

- Mi señora madre, que era mozárabe y muy culta. Era muy amiga de la mujer de

Mundir. Falleció de una epidemia.

- ¿Y vuestro padre, vive?

- Si, es musulmán.

- Claro, estará defendiendo a Tahust. Y vos aquí.

Que ridiculez pensó Álvaro Enríquez, si tuviera delante al capitán Salim no sé que le haría. Comenzó a pegarse en sus propios puños. ¡Imbécil de mí! - gritó.

- ¿Os pasa algo, mi señor? - Era la voz sumisa de Maryam.

- ¿Me veis aquí, tal como estoy?- asentó con la cabeza la mora- ¡Pues soy un imbécil! ¡Creí en el cuento de las mil y una noches! No existe, Podéis marcharos al campamento.

- Es un cuento persa muy antiguo – dijo Maryam dispuesta a salir de la jaima.

- Alf Lay la. Wa-lay la- contestó el General.

- Me alegro que lo conozcáis. A veces es un juego divertido.

- No os vayáis. Nos y vos vamos a jugar a contarnos el cuento. Volvamos a sentarnos, tal como estábamos, os lo ruego señora.

Esta vez Maryam respondió rápidamente. Se acomodó en el cojín tan próximo como al principio le exigió D. Álvaro. Este hizo lo propio y comenzó. -Ya sabéis las reglas del cuento- aclaró D. Álvaro y ella asintió.

- Conocéis Maryam que el Sultán Schanniviat es el papel que me corresponde a mí por ser hombre y a vos el de su mujer. ¿Verdad o mentira?

- Verdad- respondió la tuyibi, con cierta sorna.

- Como sultán y vuestro esposo, os ruego os desprendáis de vuestro velo, pues me temo, que hoy no os habéis acicalado.

- Habéis acertado, no me he acicalado.

- Veamos. Yo, cuando os conocí era un hombre soltero.

- No es cierto. Tenías un aren. Yo, sí era soltera.
- Bueno, pero ahora soy soltero.
- Os salís del cuento. ¿Estáis soltero y comprometido con alguna cortesana?

- No. Soy soltero, y no tengo compromiso con cortesana alguna. Volvamos al cuento, señora – prosiguió - Mi señora esposa, es tarde, estoy cansado y es hora de acostarnos, deberíamos despojarnos de nuestras vestimentas.

- Verdad. Es tarde y es hora de acostarse – Maryam, no pudo reprimir una alegre carcajada.

Cuando Álvaro Enríquez miró a su supuesta mujer del cuento persa de las mil y una noches, se quedó anonadado. Maryam se había desprendido del tul de la cara. No había visto mujer más hermosa en su vida.

- D. Álvaro, ¿Qué os pasa? No decís nada. Me asustáis con vuestra conducta.

El General se llevó el dedo a la boca en señal de silencio. Y susurrando dijo – El cuento no ha terminado, para mí acaba de comenzar, pues de todas las mujeres que he visto y conocido, ninguna ha superado vuestra belleza. No os asustéis, y permitidme por unos momentos, mi sentido de la vista alcance a comprender e imaginar vuestra belleza.

- Sois un consumado actor y un zalamero. Habéis jugado más de una vez a éste cuento.

- Os equivocáis señora mía. Si os soy sincero, me cabría el honor de ser el protagonista del cuento, pero sin que vos me traicionaraís, ni terminase en semejante tragedia. Todo lo contrario, no me complacería nada más que ver vuestro cabello.

- Que Alá me perdone - Se despojó del tocado que sujetaba su cabellera negra como el azabache.

- En verdad os digo que Alá os perdonará, y a mí , Dios Nuestro Señor, porque mi corazón está gozoso de alegría por haberos conocido. Dejadme por un momento tocar la piel de vuestras manos.

Maryam permitió que el General cristiano, le acariciase las manos.

- Decídmelo y ser sincera. Os encontraréis tranquila y a gusto a mi lado.

Tardó unos momentos en responder.

- Verdad – su sonrisa fue iluminada por la luz del candil. Y su respuesta algo angelical para D. Álvaro – Me encuentro muy a gusto a vuestro lado. Mi desconsuelo, conforme pasa el tiempo, es que el cuento de la mil y una noches se termine a vuestro antojo y capricho, mi señor.

- No os estáis dando cuenta, de que para mí lo que me está pasando, no es ya un cuento. Tengo mis manos enlazadas a las vuestras, y me produce candor y conforme me aproximo a vos más me atraéis como mujer, por vuestra dulzura e inteligencia.

- Me halagáis en exceso. Mi corazón también está excitado. Nunca había tenido esta sensación. Estoy temerosa. Portaos bien conmigo, mi señor. No conozco hombre alguno.

- Aproxímaos más a mí, mi pequeña Maryam. Vos y yo, soñaremos muchas noches unidos. Guardad con esmero lo que os entrego, y no lo consideréis que es en prenda de nada de lo que aquí sucede, pues simplemente, es el inicio del destino y la unión de nuestras vidas.

Le colocó en el dedo índice de su mano izquierda el anillo que Salim le había entregado.

Álvaro y Maryam iniciaron el juego del amor con una dulzura y ternura, propia de dos enamorados como el cuento persa de las mil y una noches, hecho realidad.

\*\*\*\*\*

Hakam Tuyibi, también llamado Mundir III, había convocado asamblea urgentemente. De esta forma, en torno a la mesa acompañaban al amir de Tahust, Musa, Qasi, Mohamed y Leví Thomás en representación de la pequeña colonia judía residente en Tahust.

- ¿Por qué no ha venido Ismaiel Aveda?

- Aveda y todos los ganaderos, y sus familias son presos de los cristianos. La misma suerte han corrido los nuestros.

- ¿Y Yusuff qué ha hecho, no ha sabido defenderlos?

- Todos están bien en el campamento cristiano. Yusuff, hizo lo correcto al no hacer frente al enemigo. Hubiera empeorado las cosas.

Mundir III se llevó las manos a la cabeza y comenzó a murmurar oraciones de lamentaciones. Estaba desolado. La voz grave de Leví Thomás, le transmitió cierta serenidad.

- Sentaos, nay Hakam Tuyibi.

- Soy el amir de Tahust. No sé por qué me dais ese tratamiento de nay.

- Deberéis acostumbraros a dicho tratamiento, pues no es ninguna deshonra.

- ¿Y qué significa la palabra nay?

- Es un tratamiento aristocrático del sur de los Pirineos franceses. Significa dom. Amir sabéis bien su significado. Amo o jefe de Tahust.

- ¡Y sigo siendo el amir de Tahust!- gritó enojado Mundir III.

- Por poco tiempo. Yo también he visto lo que vos, y por eso he venido a reflexionar, porque no quiero perder la vida de forma inútil.

- Vos Leví Thomás, nos estáis ofendiendo. Los habitantes de Tahust, siempre han salido victoriosos de los campos de batalla. Claro, vos nunca habéis defendido a Tahust.

- Mi oro y plata ha servido para haceros respetar del Taifa de Zaragoza y de Sancho Ramírez, padre de D. Alfonso. Y en cuanto a los campos de batalla, cuántos años lleváis sin tener algaradas con vuestros hermanos de Fustiñana u otros pueblos ribereños del Ebro. Bastantes. Llevamos tiempos viviendo pacíficamente, por nuestra ubicación. Somos el último pueblo aguas abajo del Ebro de esta margen. Gozamos de tranquilidad, pero vos Hakam Tuyibi vivís de los recuerdos y ellos son un pasado, como vuestra juventud. Ya no somos jóvenes, y nuestros hijos están habituados al trabajo de labranza y sus cultivos. También de la ganadería. No

hemos tenido necesidad de soportar los gastos de un ejército. Y Tahust, ahora, en estos momentos es una población pacífica.

- ¿Qué queréis, que entreguemos Tahust sin saber nuestro destino?

- ¿Cuando dialogasteis con el militar cristiano, bien os daría las condiciones de capitulación o rendición?

- Si, Leví Thomás – Dijo Musa. Yo estaba al lado del amir – El caballero cristiano nos ofreció pertenecer al reino de Aragón y no al Taifa de Zaragoza. No rendir parias a Mustain II y ser libres y amparados por el Rey D. Alfonso.

- ¿Y vos que respondisteis, Mundir? - inquirió el judío.

- ¡Tahust, no se rendirá! ¡Deberán tomarlo por la fuerza! - gritó el amir.

- ¿De cuánta caballería disponemos para hacer frente a las tropas del Rey D. Alfonso I? – inquirió Leví Thomás.

- En total de unos doscientos hombres- respondió Qasi.

- ¿Y arqueros y ballesteros?

- De parecido número, pero están sin entrenar – respondió Mohamed.

Se produjo un silencio sepulcral en aquella estancia, adonde se hablaba de pergeñar la defensa de Tahust. Leví Thomás se tocaba con el kipá y se ajustaba el mismo. Nadie decía nada. Hasta que el judío habló reposadamente.

- Debemos ser cautos y pensar. Tahust se puede defender de dos formas, bajo mi punto de vista- hizo una pausa.

- Hablad, por Alá- inquirió Hakam Tuyibi.

- En primer lugar, Tahust no puede combatir contra el ejército cristiano. No estamos preparados. Mustain II no está en condiciones de enviarnos protección, pues sabed, que de mis negocios por los pueblos del entorno, he oído que el taifa de Saraqusta les paga tributos a las poblaciones de Corella, Murchante y Cascante, entre otras, para evitar que los tuyibines de estas plazas ataquen a las poblaciones más próximas de Saraqusta, como Alagón y Utebo. Deduzco que D. Alfonso tiene



puesta su mirada en Saraqusta, pero ésta plaza es todavía fuerte para él. Observar que todas sus fortalezas están situadas en el lado derecho del Ebro. El Rey cristiano es un buen estratega, quiere ampliar y consolidar su reino. Tahust en el último bastión de éste lado del Ebro hasta llegar a Saraqusta. A excepción de Sora, El Castellar y Juslibol que pertenecen al reino de Aragón. En segundo lugar, nos interesa dejarnos “querer,” ya que en un principio nos ofrece protección y no pagar parias. Cosa importante. Por otro lado, desde la desvinculación con los Omeyas de Córdoba, el taifa de Zaragoza ha perdido mucho poder y cada vez más. Sin embargo D. Alfonso es todo lo contrario, cada vez gana poblaciones, consolida y se hace respetar. Inclusive tened presente que D. Alfonso tiene poder y vasallaje con los pueblos del sur de Francia hasta llegar a Pau. Nos interesa estar a bien con el cristiano. Tahust está en una posición “recogida,” en un rincón privilegiado para pasar desapercibidos.

- Leví Thomás, al parecer habéis leído el pensamiento del Rey cristiano. Disertáis como un hombre sabio -giró la cabeza Mundir III- Tal vez lo seáis. Al fin y al cabo sois la persona más rica y poderosa no sólo de Tahust, sino de muchas leguas de distancia. Vuestros préstamos dan mucho de sí, luego hay que admitir que pensáis y estáis en todo. Tomo en consideración lo que habéis dicho, pues ello está muy meditado. No obstante a ello, pensad vos, que tengo la obligación de defender a Tahust, para no ofender la memoria de nuestros antepasados. Tened presente que llevamos viviendo en estas tierras más de trescientos cincuenta años -Mundir se emocionó e hizo una breve pausa- Tenemos nuestros hábitos, cultura, religión y todo constituye nuestra forma de vivir y nuestra sociedad. Yo no soy quien para permitir que otro se apropie de lo nuestro.

- Antes lo hicieron vuestros antepasados con los visigodos. Y la vida sigue- fue contundente el judío.

- Sois ácido como el limón, pero habéis dicho la verdad- respondió Mundir y prosiguió- Yo necesito conocer qué sucederá si nos rendimos ante el Rey cristiano. Perdonadme que insista, pero es una decisión muy importante.

- Bueno, las condiciones principales ya os las transmitió el General cristiano. ¿No fue así Musa?

- Efectivamente, Leví Thomás- respondió el aludido.

- Si, pero no las dijo el propio Rey.

- Amir, pensad en las palabras del General. Os dijo que hablaba en nombre de su señor el Rey D. Alfonso. Un General no puede mentir en un asunto tan serio. Creo en su mensaje.

- Yo estoy a vuestro servicio - dijo Qasi - No obstante, tengo que daros una mala noticia. La acequia de la parte este está sin agua, y por tanto los abrevaderos del arrabal de los mozárabes están secos. Los cristianos han cerrado la tajadera de la acequia nodriza. Considero el principio del asedio.

- ¿Y vos Mahamed? ¿Qué pensáis?

- Estoy confuso, amir. Nuestros arqueros y ballesteros, son mayores...

- ¡Basta! ¡No prosigáis!... Os ruego que me dejéis sólo para meditar. Cada cual vaya a sus puestos de combate, defenderemos Tahust hasta que podamos.

\*\*\*\*\*

Se había cumplido el plazo de gracia para que Mundir III, amir de Tahust rindiera la plaza al Rey cristiano D. Alfonso Sánchez, y no daba razón de ello.

El ejército de Alfonso I estaba emplazado en sus lugares estratégicos. Se oía el susurro del “cierzo” como si fuere el único testigo de aquellos lares. Rompía el silencio los cascos de las cabalgaduras del Rey, el General, los capitanes, Ferrán y Salim y D. Bacalla señor de Luna, habituado a luchar al lado de Sancho Ramírez, conquistando la fortaleza del Castellar y el Palacio de Miranda. De hecho D. Bacalla y el capitán almogávar Dawud eran viejos conocidos. De la mano del ilustre y noble D. Bacalla se repobló de guarnición almogávar, traídos del Pirineo, el Castellar y el Castillo de Miranda. Por su valentía se le nombró señor del Castellar y Barón de Torres. Don Bacalla y sucesorios dieron origen al Ducado de Villahermosa. (1). Todos ellos provistos con sus correspondientes armaduras, excepto Salim, que vestía con ropa musulmana, salvo el tocado que lo había sustituido con un casco amallado hasta la cintura. Salim no había sido investido caballero por profesar la religión mahometana. Les acompañaban los correspondientes abanderados y Dawud, que llevaba su indumentaria habitual. Más atrás les seguían con vestimenta de campaña, pero más ligeros D. López Garcés

**(1) En Cuanto su linaje se lo otorgó Sancho Ramírez por ganar la batalla de Gallícolis (Luna) y luchar en la batalla del Alcoraz aportando sus mesnadas. Fue nombrado Señor de Luna, del Castellar (entonces pequeña aldea) y Barón de Torres. Fue un valiente combatiente cristiano.**

“El Peregrino” tutor y ayo del Rey, el Sr. Lope López de Uncastillo, D. Pedro de Iruña, el Conde Sánchez en Erro en representación de D. Gastón Vizconde de Pau, portando su armadura, y su Ilustrísima El Obispo Ramón de Barbastro. El Abad D. García de San Juan de la Peña, iba en último lugar revestido y acompañado de acólitos con incensarios y cruz en alto, musitando oraciones.

La comitiva al aproximarse al frontis de la muralla de Tahust, se salió del camino de Exea y tomaron otro sendero disecionándose hacia el castillo de Sancho Abarca. A una distancia más que prudencial, evitando el alcance de arqueros y ballesteros, y tras las tropas que circundaban la fortaleza, el Rey alzo la mano. Signo, que sirvió para que la comitiva parase su andadura y desmontaran.

Fue algo singular. El ritual que D. Alfonso como creyente profundo de Dios, hacía antes de cada batalla. Caballero y cabalgadura, a excepción de Salim y Dawud, habían formado un círculo. Los caballeros sostenían las bridas de sus corceles, pues había que entender, que el guerrero sin su cabalgadura en el campo de batalla, y dado el peso de sus armaduras se encontraba tan indefenso que prácticamente si caía en tierra era hombre muerto. El Abad de San Juan de la Peña comenzó a decir persignándose: In Dei nomine, Patris et Filie et Spiritus Santi; amén, respondieron todos rodilla en tierra. Mientras el Abad García repartía la comunión, D. Alfonso pensó en las batallas que había librado con su padre el Rey Sancho Ramírez y su hermanastro el Rey de Monzón Pedro I. A su padre lo vio morir de un flechazo el 4 de junio del año 1.094 al intentar tomar Huesca. Fuimos derrotados por Al.Moctadir ayudado por el mercenario “El Cid”. La batalla más sangrienta fue la del Alcoraz el día 23 de abril del año de gracia 1.096, hacía 9 años atrás, el tenía 21 años. Fue terrible. Murieron más de cinco mil personas. San Jorge les amparó y ayudó. El combate estaba trabado, porque llegaron refuerzos de los musulmanes de Saraqusta. Se llegaron a unir entre ambos bandos unos cuarenta mil guerreros. Tras ganar la batalla del Alcoraz, se popularizó la protección de San Jorge sobre la corona de Aragón. Pensó que él, no debería ser Rey, puesto que la corona le correspondía a los hijos de su hermanastro Pedro I, pero los designios del Altísimo quiso que D. Pedro I gobernase desde el año 1096-1104, año en el que murió lleno de pena, puesto que sus hijos Isabel y Pedro (casado con María Rodríguez, hija del Cid) fallecieron en menos de un año. Por lo cual, de forma no prevista, Alfonso Sánchez, llegó al trono de Aragón y Pamplona, soltero y a los treinta años de edad. El Rey D. Alfonso I deseaba dañar a Tahust lo mínimo posible, pues sin conocer “Aquabiela” le tenía afecto. Y el afecto, era por algo muy especial que le aconteció gratuitamente la noche anterior. Que Dios me perdone, pero soy hombre joven, pensó. Lo sacó de la meditación el General.

- Alzaros, mi señor, el Abad ha terminado el oficio religioso. ¿Os encontráis bien?

- Perdonad D. Álvaro, estaba ensimismado. Excusadme ante sus ilustrísimas, y que partan hacía el campamento.

Que bien sabía hacerlo el General. Con exquisitez y prudencia se acercó al Obispo de Barbastro y al Abad de San Juan de la Peña y les mentó:

- El Rey nuestro señor, aparentemente ha tenido un lapsus, pero en todo momento ha estado percibiendo el acercamiento de Dios Nuestro Señor a nuestros corazones y la bendición de su ilustrísima D. García. Más bien, estaba pensando en la consideración de la seguridad de vuestra mercedes, por lo que os ruego, en su nombre, tengáis a bien retiraros con vuestros acompañantes al campamento, puesto que de inmediato va a comenzar la batalla, tan pronto os alejéis.

- Agradezco vuestras palabras D. Álvaro. Estaba preocupado por D. Alfonso, ya que su ausencia parecía notoria. Me tranquilizáis vos. Que Dios nuestro Señor os proteja.

- Partid con El.

Cuando la comitiva religiosa se hubo alejado lo suficiente de todo el peligro, y enfiló el camino de Exea, se oyó la voz potente del Rey.

- ¡General!

- ¿Majestad? – D. Álvaro se tensó, pues el Rey únicamente le llamaba General, cuando se iba a librar una batalla o en situaciones comprometidas.

- ¿Estamos prestos para la toma de Tahust?

- Si, Majestad.

- ¡Dad las órdenes oportunas para que así sea! – se persignó el Rey.

- ¡Capitanes, asuman el mando!

Los capitanes, Ferrán y Salim, espolearon a sus cabalgaduras partiendo cada cual a su destino de combate. Dawud, que no montaba a caballo se quedó al lado del General y éste alzó el brazo señalando hacia Tahust. El capitán almogávar sacó de su alforja un kullkull, que es un asta de buey para emitir sonidos de consignas guerreras. Emitió el primer sonido, como una trompa hueca que se expandió por todo el entorno. La réplica no se hizo esperar y sonaron de unos quince sonidos al

igual que el emitido por Dawud. D. Álvaro Enríquez se aproximó al Rey.

- Majestad, deseáis que algún caballero esté próximo a vos cuando dé comienzo el asalto, o preferís, que estén alejados de posibles algaradas o contraataques.

- General, desearía estar a solas con vos, pues debo de confesaros que mi corazón pertenece a Aquabiela, quiero decir a Tahust, aunque no son momentos de sentimentalismo. De esta manera, que quede a buen recaudo mi ayo D. López Garcés, y si no llevan vestimenta de combate lo hagan el resto de caballeros. Compareced vos ante ellos y vuestras palabras hacedlas mías.

El General arrimó su cabalgadura ante D. López Garcés “El Peregrino” que no llevaba armadura alguna, al igual que D. Lope López, D. Ramiro de Monzón y D. Pedro de Iruña. El Conde Sánchez en Erro Bearnés y representante del Vizconde Gastón de Pau, sí que llevaba armadura, yelmo y una enorme espada de “cruzado”.

- Excelencias, en breves momentos nuestro ejército va a comenzar a tomar la fortaleza de Tahust. Su Majestad D. Alfonso, se preocupa por la integridad de vuestras mercedes, observando que algún caballero no lleva la vestimenta apropiada de contienda, rogando por ello que en lo preceptivo a ésta cuestión os pongáis a buen recaudo debajo de aquellos árboles que yo veo y reconozco, hasta ver el resultado de la contienda.

El Conde Sánchez en Erro, salió al paso del comentario.

- D. Álvaro Enríquez, Conde del Pazo de Sansenxo y General de los ejércitos de su Majestad el Rey de Aragón D. Alfonso I, yo D. Enrique Sánchez, Conde en Erro del Bearnés y primo de nuestro señor el Rey, cumplo las normas preceptivas de combate como caballero, por lo que deseo combatir al lado de su Majestad, sino hubiere impedimento alguno, que así lo manifestare.

- Excelencia, será un honor para su Majestad teneros a su lado defendiendo la bandera de Aragón. No en vano, habéis hecho un largo trayecto cruzando los Pirineos trayendo con vos las catapultas, los soldados que las manejan y cincuenta caballeros. Sabed que el Rey D. Alfonso os lo agradece, y con vuestra ayuda y la protección de San Jorge, conquistaremos la fortaleza de Tahust. De tal manera, ruego señor Conde, os coloquéis en preferencia al lado del abanderado de nuestro reino. Si así os parece. E igualmente D. Bacalla, podéis acompañar a su excelencia el Conde en Erro. El aludido asintió y afloró una leve sonrisa en sus labios.

- Sea así- contestó el Bearnés con firmeza, y colocó su cabalgadura junto al abanderado y el señor de Luna.

- Señores - se dirigió al resto del séquito- aunque turbado por mi intranquilidad, ruego os retiréis al lugar antes mencionado.

- Agora mesmo, General – contestó D. López Garcés, con cierta sorna y con sonrisa picaresca, pues el Conde Bearnese había puesto las cartas boca arriba y descubierto la procedencia del General, al que consideraba caballero de la Corte Leonesa. Se alejaron hacia los árboles el ayo del Rey, el señor Lope López de Uncastillo, El señor D. Ramiro de Monzón y D. Pedro de Iruña.

- ¿Qué sucede General? Tanta palabrería - se impacientó el Rey.

- Estad tranquilo Majestad, ahora estaré con vos- Álvaro Enríquez se había quitado el yelmo y se secaba el sudor. El Bearnese le había apretado las tuercas y conocía su procedencia, hasta ahora sólo conocida por el Rey. Se colocó el yelmo y alzando la mano hacia Tahust, gritó:

- ¡Dawud, orden de ataque!

El capitán almogávar hizo sonar dos veces el Kullkull y seguidamente entrecruzaron el espacio aéreo con silbidos fortísimos enormes piedras y bolas de fuego que empezaron a caer sobre Tahust.

El griterío de los almogávares era tan espectacular con “¡Matem! ¡Matem!” como el fuego entrecruzado que sufría Tahust.

El General cristiano se colocó al lado del Rey. El abanderado a una señal de D. Álvaro arreó a su cabalgadura hacia la parte éste de la fortaleza. Iban despacio. El Rey quería hablar a solas con el General y éste lo sabía. Dejaron que se adelantasen el Conde Bearnese, D. Bacalla, el abanderado, y un pequeño grupo de jinetes de la guardia personal de Rey. Detrás iba Dawud.

- General, ¿No os habéis podido deshacer de mi pariente el Bearnese?

- No, Majestad. Además de su arrogancia me ha planteado mi procedencia. Creí que vos sólo la conocíais.

- Antes o después, se hubieran enterado. Pensad que el linaje de mi madre es de Pau, y es lógico he inevitable los “cuchicheos” o “chismes”.

- Perdonad, Majestad. ¿Qué son “cuchicheos” o “chismes”?  
Rióse el Rey.

- ¡Hay, General! Cuánto tenéis que aprender de esta bendita tierra de Aragón. Visto así, yo soy el primero en habituarme al “cierzo”, que yo en las montañas no lo tenía. Y vos a los cuchicheos. Son conversaciones intrascendentes- Hizo una pausa el Rey y D. Álvaro se puso en “guardia”- ¿General consideraréis de fiar al capitán Salim?

- Majestad, Salim os prestó juramento de fidelidad. Lucha por vos y por Aragón.

- Si, pero sigue siendo musulmán, aunque cabe la posibilidad de convertirse al cristianismo.

- Es cuestión de proponérseles. (Habló en plural) Lo que no les exigiría sería un radicalismo en ciertos aspectos culturales. En cuanto a los hábitos sociales, tendrían que integrarse paulatinamente.

- Estoy con vos. Será cuestión de hablar con él. Puede aceptar el cristianismo.

- También con las mujeres, pues, aunque aparentemente en la vida social árabe no tienen ningún peso específico, son personas amables, inteligentes y cariñosas. Puede ser un revulsivo dentro de ciertos círculos. Principalmente en el familiar.

- Estoy de acuerdo con vos. Poseen todos esos componentes- hizo una pausa y musitó – ¡Qué bella es Fátima! Desde anoche me hace compañía en mi jaima.

- Me alegro por vos, Majestad. La belleza y la inteligencia son dos componentes importantes en cualquier persona, y máxime si se trate de una mujer, aunque sea musulmana.

- D. Álvaro, tenéis fantasías a raudales, y también aciertos sorprendentes y gratos. No desearía dañar demasiado a Tahust. Pensemos qué hacer.

- ¡Dawud, paralizad por un momento el ataque!

El almogávar hizo sonar por tres veces su cuerno, y al instante cesó el bombardeo de piedras y fuego sobre Tahust. En un punto estratégico se había provocado un incendio de cierta consideración, pues se veían las llamas desde donde se encontraban los caballeros cristianos. Dos de ellos estaban apasionados por el amor de dos mujeres de Tahust. ¿Qué había hecho Salim? ¿Una estrategia? ¿Un embrujo? O simplemente buscar la unión de dos pueblos....

\*\*\*\*\*

Mundir III acompañado de Leví Thomás, deambulaban por las estrechas y tortuosas calles de Tahust, sorteando el sector principal adonde caían aquellas enormes piedras que inevitablemente destrozaban los edificios. Se encaminaron hacia la plaza de las caballerizas. En aquel lugar, se habían prendido fuego distintos pajares y asentamientos de cuadras. Antes de llegar al pasaje cubierto por la casas, grupos de personas sacaban agua de un pozo artesanal con sus correspondientes cubos que se trasladaban de persona a persona hasta llegar al lugar del incendio.

- ¡Amir! ¡Amir!. ¡En nombre de Alá haced algo por Tahust! - gritó el primer vecino que lo vio, y sucesivamente sus voces se fueron introduciendo en su cerebro machaconamente.

- Leví Thomás, ayudadme a pensar. ¿Qué hacemos?

- Vamos a apagar el fuego pero no mal gastando el agua. Ya sabéis que cortaron la acequia y sólo quedará el remanente natural. Habrá que despejar la paja que no arde de la que está ardiendo. Hay que hacer un cortafuego. El pajar que arde hay que dejar que se consuma vigilando que no perjudique a las caballerizas. Habrá que traer picos y palas inmediatamente. ¿Habéis comprendido Mundir?

El amir de Tahust empezó a dar órdenes gritando como un poseso. Al principio la gente se desconcertó, pero de inmediato aparecieron gentes con orcas, picos, palas y otros artilugios para llevar a cabo el plan de Leví Thomás. Que bien mereció la pena, pues paulatinamente se cumplía el propósito, máxime cuando hacía un buen rato que el ejército cristiano no bombardeaba con sus catapultas.

- Al parecer, Alá ha oído mis plegarias- dijo Mundir.

- Por poco tiempo. Mirad el cielo. Los cristianos vuelven a la carga.

Bolas de fuego cruzaban el firmamento e iban a caer próximos al lugar que estaban, pero ésta vez en la plaza detrás de la mezquita, donde esperaban órdenes la caballería del ejército de Mundir. Al unísono comenzó a caer aquellas enormes piedras sobre las casas y calles de Tahust. El estruendo era enorme. Las gentes que se habían cobijado en las bodegas y habían salido a las calles cuando el ejército cristiano había dejado de bombardear con las catapultas, ahora volvían a sus refugios gritando pavorosamente llenas de terror. Algunas casas estaban bastante deterioradas.



- ¿Y esto.....? ? ¿Cómo modifican los lanzamientos? - preguntó el musulmán al judío y éste contestó.

- Vos Mundir, habéis oído hablar de los grados de una circunferencia ¿Cierto? - asintió el musulmán – Pues, ahí tenéis su resultado. Han girado los grados necesarios de la catapultas, para hacernos el mayor daños posible, de ahí su paréntesis anterior.

Conforme avanzaban hacia la plaza aludida, casi les atropella un caballo sin jinete, que de forma desbocada iba calle arriba en orientación al norte del poblado. Se oían el relinchar de caballos, los gritos de los jinetes y la voz de Qasi Tuyibi que daba órdenes.

Cuando Mundir y Levi Thomas asomaron levemente sus cuerpos por la plaza, quedaron petrificados. Aquello, era un caos. Con una exactitud meridiana las bolas de fuego caían sobre las acémilas y sus jinetes. Los caballos se encabritaban, coceaban. Muchos jinetes estaban por los suelos con quemaduras. Un espectáculo dantesco. Todo había sucedido en breves momentos.

- ¡Atención todos a la puerta del Arba! ¡Fuera de aquí! - grito Qasi Tuyibi.

Los que pudieron, salieron sobre sus monturas para situarse a cuatrocientos metros más abajo tras la puerta del Arba.

- ¿Que bien conocen la ubicación de Tahust los cristianos?

- ¡Maldito seas Salim! Esto es obra de él.

- No os equivoquéis, Mundir. La estrategia no es de Salim. Acaso vos y él habíais visto semejantes armas arrojadizas. Nadie de estos lugares las conocíamos. Esto es obra de buenos militares y D. Alfonso los tiene. No descarto que Salim les haya indicado la situación de las calles y plazas, pero nada más. Pensad, que no sólo estamos haciendo frente a los cristianos de D. Alfonso, por lo que deduzco, ha recibido ayuda de cruzados del sur de Francia, ya que son especialistas en la toma de fortalezas.

- Tahust no es una fortaleza, es un pueblo.

- Si Mundir, lo es. Dejará su condición de tal, cuando sus puertas estén abiertas de par en par y sus habitantes transiten sin tener que abrir o cerrar puertas por las noches. Como hasta ahora se hace. Tahust debe ser libre para todas las personas,

aunque con las debidas prevenciones.

- Me estáis requiriendo para que entregue Tahust a D. Alfonso.

- Yo diría más bien, que nos unamos al reino de Aragón.

- Deberé convocar urgentemente asamblea.

- Hacedlo Mundir. D. Alfonso os está invitando a ello. Si hubiese utilizado sus fuerzas no estaríamos ahora dialogando. No tentéis más la suerte.

\*\*\*\*\*

- Estoy preocupado y al mismo impaciente. Mundir no da señales de rendición. Tahust tendrá muchos edificios destrozados y no es eso lo peor, sino que me va a obligar a usar la fuerza de la armas. Nosotros no podemos estar aquí más de dos días. Vos sabéis General la ocupación que nos espera.

- Tengo mis sentimientos encontrados Majestad, pero haré lo que vos ordenéis.

- ¿También vos, General? ¿Qué tienen las mujeres de Tahust? ¿Para que vos estéis atrapados en la red de la misma telaraña? Vos que habéis tenido amoríos variopintos y sois galán de cortesanias por doquier. ¿Cómo es posible que en la Pardina de “Aquabiela” estéis atraídos por el amor?

- Majestad, nos y vos bebemos de la misma agua del Arba, y nos azota el mismo viento “el cierzo”. Considerando estos conceptos, ambos, tal vez, salvando las distancias seamos almas gemelas puesto, que el arbol que nos inspira proceden del mismo lugar y están a buen recaudo en el campamento de la Pardina y no en Tahust, así pues, vuestra merced dirá.

- ¡General!

- ¿Majestad?

- ¡Tomad Tahust a combate!

- ¡Dawud!

- ¿Firiz?

- Preparad dos secciones de choque. La primera apoyará con los escudos a la

segunda, la cual retirará las empalizadas. Entraremos por ésa puerta (Puerta del Arba). Llamad a Ferrán y Salim para que apoyen los arqueros vuestras maniobras. ¿Habría que derruir la puerta con una catapulta?

- No Firiz. La caballería ésta al otro lado de la puerta. Los oigo. Estas gentes no son guerreras. Ahora están atrapados. Les enviaremos andanadas de piedra. Asaltaremos nosotros la puerta, la abriremos para que pasen mis capitanes y la infantería. Ellos solos se bastarán para batir al ejército de Tahust.

- Suspende el ataque de todas las catapultas y plantear cuánto antes la rendición de Tahust.

Dawud hizo sonar tres veces el kullkull y automáticamente dejaron de funcionar las quince catapultas, que estaban pseudo destruyendo las viviendas de Tahust y provocando heridos de cierta consideración. El almogávar Dawud era el jefe del ejército de choque que utilizaba el Rey D. Alfonso. Los almogávares eran muy peculiares en su organización. Dawud era el jefe, si bien cada veinte o treinta hombres había un capitán que dirigía a ésa partida. En realidad eran guerreros mercenarios y D. Alfonso les pagaba en dinares de oro, en dirhemes de plata y en feluses de bronce, según los objetivos conseguidos. No temían a la muerte porque sabían preservarse de ella, con su agudeza y destreza en el combate. Eran guerreros de a pié, salvo alguna excepción de algún capitán que montaba a caballo sin arreos, de forma vulgar a “pelo”. Dawud a través del General D. Álvaro Enríquez les había enseñado a combatir en campo abierto sin arbitrariedades, siguiendo maniobras y estrategias propias de soldados y no de verdaderas soldadescas, salvo en situaciones muy críticas. Los almogávares eran gentes que los musulmanes les habían obligado a salir de sus fueros hasta alcanzar las montañas del Pirineo de Aragón y Cataluña. Y para salvaguardarse de los enemigos hacían guerra de guerrillas diezmando a las fuerzas musulmanas. Encontraron cobijo en toda la franja norte pirenaica hasta traspasar los valles franceses. D. Alfonso y con anterioridad su padre, los contrataba para sus incursiones contra los musulmanes, rama a la que un día ellos pertenecieron y después fueron odiados por su arrogancia y anarquía. Su forma de luchar era muy original, portaban tres lanzas de puntas muy afiladas, puñal largo de ancho corte y escudo metálico redondo, más bien pequeño, y en el centro una piedra de afilar adonde golpeaban con sus puñalesables, para asustar al enemigo. Su táctica era la de tener a su enemigo a unos veinte metros y lanzar con todas sus energías las lanzas. Todo aquel que se defendiese con escudo y se lo aproximara al cuerpo, era hombre muerto. Tal era la fuerza e impulso que traspasaba los escudos de latón. Por ello cabe decir que enfrentándose con la infantería antes de llegar al cuerpo a cuerpo, ya habían

fenecido tres de sus enemigos. En cuanto al cuerpo a cuerpo, tenían por costumbre, parar el primer mandoble de su enemigo. Por aquel entonces tanto cristianos como árabes utilizaban unas espadas de alzada que a veces les llegaban hasta más arriba de la cintura y que llegaban a pesar de ocho a diez kilos. Las espadas de los cristianos eran rectas y terminadas en cruz. Las de los árabes tomaban una curva ligera a mitad de recorrido y se ensanchaban en el filo. Los almogávares utilizaban unos puñales largos y anchos de filos ligeros, que a lo sumo pesarían unos cuatro kilos, por cuanto los manejaban con soltura y agilidad. Si el enemigo frente a frente no los tumbaba a la primera con el mandoble, el almogávar le hacía rodar su cabeza al primer tajo. Por ello, en las primeras embestidas la mayoría de los ejércitos de infantería retrocedían despavoridos. En algún caso se llegaron a enfrentar a la caballería y lograban derrotarles, utilizando unos métodos mal vistos en los cánones de guerra, pues batían con las lanzas a los caballos y remataban a los jinetes. Los caballos en aquel entonces eran tan apreciados como a las personas por sus usos y fines. Se llegó a dar el caso de que cuando tenían hambre, desollaban a los caballos los troceaban y con hogueras a campo abierto se quitaban la hambruna. Hasta ahí llegó la leyenda de los almogávares. D. Alfonso les quitó el hambre y los harapos. Logró que por lo menos fueran una formación decorosa. Aunque nunca le interesó, quitarles su ferocidad.

- Majestad, los almogávares van a tomar Tahust.

- ¡General! ¡No consentiré que pasen a cuchillo a los habitantes de Tahust! Os hago responsable a vos.

- No os preocupéis mi señor, yo en persona controlaré todos los movimientos. Sucederá el mal menor.

Dawud había preparado el ataque a Tahust con dos compañías de sus incondicionales. Era sabedor que eran más que suficientes para tomar la fortaleza. Doscientos almogávares caminaban gritando: ¡Maten! ¡Maten! ¡Matem! ¡Aragón! ¡Aragón! ¡Aragón! ¡Alfons! ¡Alfons! ¡Alfons!. Golpeaban con sus espadas a los escudos que sacaban chispas como si fueran fuegos artificiales.

La caballería que esperaba tras la puerta del Arba empezó a impacientarse, máxime cuando su responsable Qasi Tuyibi había sido requerido urgentemente por el amir Mundir III. Su segundo al mando, era un joven sin experiencia en éstas líderes.

- ¡Abrid las puertas! ¡Saldremos a guerrear!

Su voz sonó temblorosa y nadie descabalgó para abrir las puertas. Todo lo contrario en aquellos momentos cayó sobre ésa ubicación, enormes piedras que lanzaban de las catapultas del ejército cristiano. Varios montados musulmanes fueron descabalgados y malheridos. Uno de los jinetes de cierta edad se acercó al joven que ordenó abrir las puertas y le dijo con energía.

- ¡Yunnus, subamos nuevamente a la plaza de la oración! (Abluciones).

- ¿Acaso queréis morir sin luchar?

- No seas imprudente- le contestó el mayor-¿Comprender, que Qasi estará en asamblea con el amir, en espera de una decisión?

- No seáis cobardes. El que tenga honor, que me siga.

Yunnus no galopó hasta la puerta, la cabalgadura fue caminando lentamente. Le siguieron una decena de jóvenes sin experiencia guerrera. Iban con mucha precaución. El resto, fueron subiendo la cuesta hasta la plaza comentada y lo mismo hicieron con los heridos tanto jinetes como jumentos. A mitad de trayecto, quedaron sorprendidos de lo que hizo Yunnus. Cuando abrió el lateral de una de las puertas, había descabalgado, y al asomarse para salir al exterior, unas manos herméticas con el hierro lo alzaron al aire como si se tratara un muñeco. La mirada furibunda de Dawud, le hizo temblar al joven Yunnus. Estaban protegidos por los escudos de una docena de guerreros almogávares. Sabían que desde las murallas habían apostados arqueros observando la acción. No intervinieron. Se encontraban a la expectativa. El resto de los acompañantes rápidamente volvieron grupas cuesta arriba camino de la plaza de la fuente de las abluciones.

- ¿Cómo os llamáis? - preguntó Dawud al joven musulmán, colocándole la daga en el cuello, que le produjo una ligera incisión.

- Me llamo Yunnus, señor - respondió con un hilillo de voz.

- Escuchad bien lo que os digo, Yunnus. Decid a vuestro amo, que si cuento treinta veces los dedos de mis manos y no habéis rendido pleitesía a mi señor el Rey D. Alfonso, entraré con mis hombres en el poblado. y os juro que os pasaré a todos a cuchillo. Esta puerta la abro yo- Dawud le dio un tremendo empujón a la puerta y la dejó a abierta - La otra puerta la deberá abrir Mundir en el plazo que os he dado. Mi señor el Rey D. Alfonso, se está cansando de tantas contemplaciones. Montad a caballo y decídselo.

Yunnus galopó hasta la cima adonde aguardaban el resto de la caballería musulmana, gritaba como un poseso.

- ¡Son como fieras! ¡Llevo un mensaje para Mundir! ¡Nos van a matar a todos!

Enfiló la cabalgadura por el costado de la mezquita y alminar. Acortó distancia para entrar por la calle del perro. Le siguieron unos veinte jinetes. Yunnus golpeó con todas sus fuerzas la puerta de la residencia de Mundir.

- ¡Abrid la puerta por Alá!

- ¿Qué sucede Yunnus?- era Qasi.

- Quitaos de en medio. Tengo que hablar con el amir urgentemente.

Qasi lo condujo a la estancia donde entorno a la mesa estaban hablando acaloradamente, Mundir, Musa, Mahamed y Leví Thomás.

- No lo he podido detener- se disculpó Qasi.

- Amir, son fieras – mirad lo que me han hecho en el cuello- no podía casi hablar - He abierto la mitad de la puerta este para salir a guerrear y me han cogido como si fuera una pluma. Me han salvado la vida a cambio de que os diga que si cuenta treinta veces los dedos de su mano y vos no vais en persona y no abris la otra puerta nos pasará a todos a cuchillo, pues su señor el Rey D. Alfonso está cansado de tantas contemplaciones.

Entraron en la sala varios de los jinetes que siguieron al joven Yunnus, y sin más preámbulos, comentó el de más edad de todos.

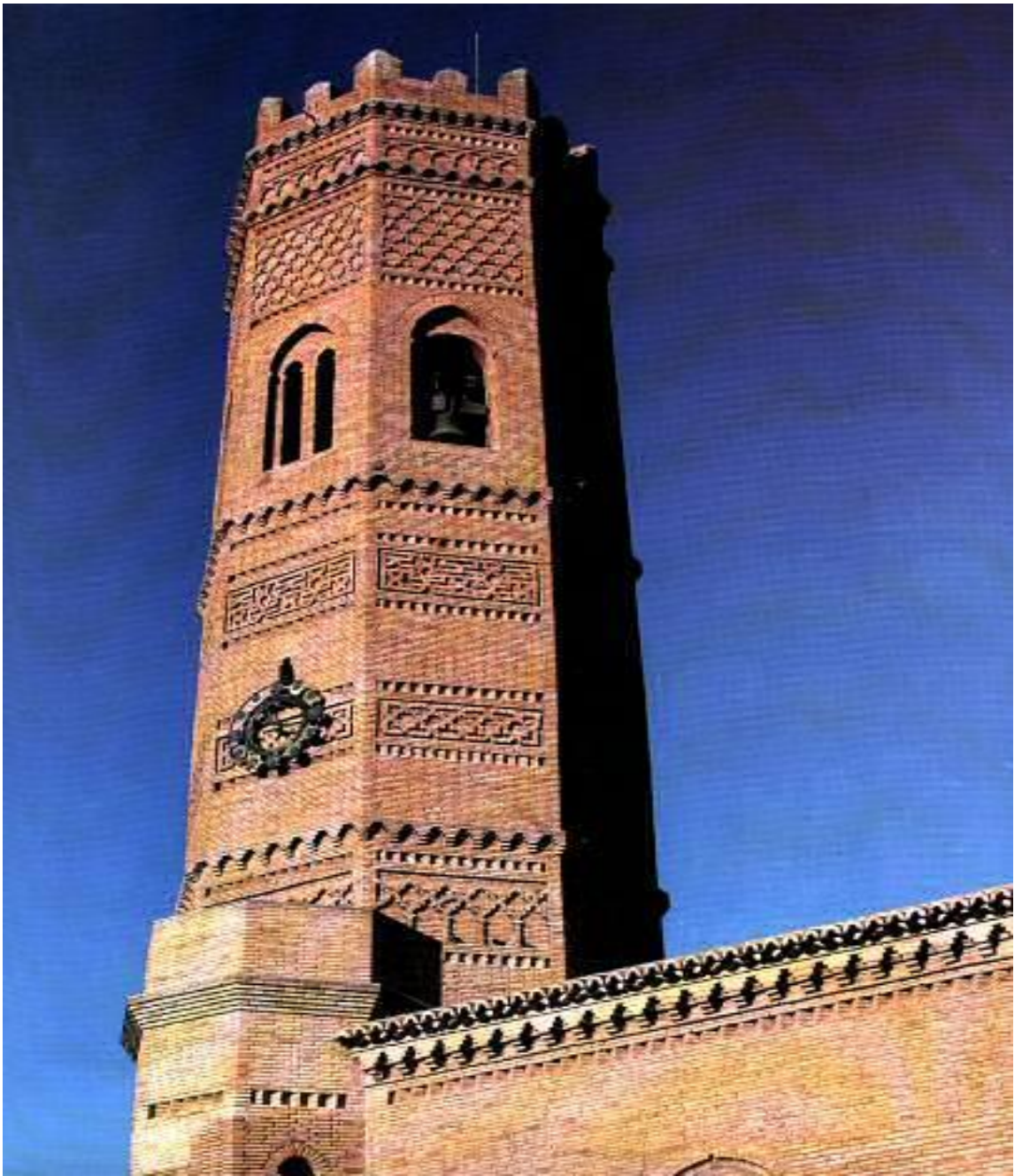
- Amir Mundir. Yo soy agricultor y no guerrero. En su día lo fui, ahora soy veje, y no quiero morir en manos de los almogávares. Ahí tenéis mi espada.

Todo el grupo hizo lo propio. Depositaron sus espadas sobre la alargada mesa de Mundir.

- Daos prisa Mundir, estará próximo a concluir el plazo. Yo os acompaño- dijo con voz grave el judío.



**IGLESIA ROMÁNICO-MUDÉJAR DE SAN MIGUEL.  
PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD**



**TORRE MUDEJAR DE TAUSTE  
PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD**





## **FERNANDO BERMÚDEZ CRISTÓBAL**

**Nació en Tauste “Perla”  
de las Cinco Villas de Aragón.**

**Graduado en Ciencias Sociales por la Universidad de Zaragoza. Estudió Derecho en la UNED, y Metafísica mediante la Universidad de San José (California). Es lector asiduo a la literatura, y un melómano de la música clásica. A la temprana edad de los 14 años comenzó a escribir novela corta. Colaborando como articulista en los periódicos Amanecer, El Noticiero y Heraldo de Aragón. E igualmente ayudó a impulsar la revista Bardenas. Más tarde, pasó a llamarse Arada y Cultivo. Escribía con plácet de la época. A los 17 años el periódico Amanecer quiere contratarlo como redactor de dicha prensa. Le halaga la oferta. Fueron momentos singulares en su vida. Rechaza la oferta de Amanecer y también la propuesta de la Editorial Rollán de Madrid, puesto que creaban una colección literaria, exclusivamente para él. A los 18 años se dedicó al estudio universitario. Dejó atrás un bagaje literario, de veinte novelas cortas, y cientos de artículos como colaborador de los periódicos y revistas comentados. Por circunstancias de trabajo, se ausentó de Tauste en el año 1972. Actualmente reside en Zaragoza. No ha olvidado su inclinación a la escritura, retornado a la literatura con una novela peculiar; “Casio de Tahust”.**

**Dedicatoria:**

**A mi esposa Edel Melero, excelente persona, buena madre de nuestros hijos Fernando y Oscar, que me ha dado equilibrio y amor a mi vida.**

**Fernando Bermúdez.**



**Escudo del Reino de Aragón.**